

La zona literaria del Chaco: región, espacio rural y paisajes hostiles

The literary zone of Chaco: region, rural space and hostile landscapes

Lucía Caminada

Universidad Nacional del Nordeste - Instituto de Letras

ORCID: 0000-0002-5477-8219

Recepción: 18/09/23

Aceptación: 30/09/23

Resumen: En este artículo nos proponemos trazar un recorrido por las obras de la literatura argentina que refieren a la región de Chaco a fines de analizar los paisajes hostiles que se presentan y que caracterizan la relación entre literatura, espacio y región. La hipótesis que se maneja es que en la zona literaria del Chaco, el vínculo entre literatura, región y espacio en poéticas individuales como la de algunos relatos de Horacio Quiroga, en *Bajo este sol tremendo* (2009) de Carlos Busqued, *El viento que arrasa* (2012) de Selva Almada y *Una casa junto al tragadero* (2017) de Mariano Quirós crean un paisaje particular caracterizado por la hostilidad; por ende, una serie de elementos como el calor insoportable, la intemperie, la violencia, el barro y el vínculo humano-animal están presentes en estas narrativas. Tendremos en cuenta la noción de región (Kaliman 1994; Silvestri, 2017) de zona y literatura impenetrable (Caminada, 2021) y su vínculo con el paisaje (Silvestri 2002; 2017; Simmel, 2001) y el espacio (Rodríguez, 2012) para analizar la articulación entre espacio y región en la zona literaria del Chaco.

Palabras clave: literatura argentina, región, espacio rural, paisaje, hostilidad.

Abstract: In this article we propose to trace a journey through the works of Argentine literature that refer to the region of Chaco in order to analyze the hostile landscapes that are presented and that characterize the relationship between literature, space and region. The hypothesis is that in the literary zone of the Chaco, the link between literature, region and space in some individual poetics such as that of some stories by Horacio Quiroga, in

Bajo este sol tremendo (2009) by Carlos Busqued, *El viento que arrasa* (2012) by Selva Almada and *Una casa junto al tragadero* (2017) by Mariano Quirós create a particular landscape characterized by hostility; therefore, a series of elements such as unbearable heat, weather, violence, mud and human-animal nexus are present in these narratives. We will consider the notion of region (Kaliman 1994; Silvestri, 2017) and “zone” and “impenetrable literature” (Caminada, 2021) and its relation with the landscape (Silvestri 2002; 2017; Simmel, 2001) and the space (Rodríguez, 2012) to analyze the articulation between space and region in the literary zone of Argentine Chaco.

Key-words: argentine literature, region, rural space, landscape, hostility.

El Chaco y la zona

La pampa y el desierto fueron las grandes metáforas espaciales del S. XIX y de la transición al S.XX en la literatura argentina. El género de la gauchesca otorga un sello propio al desierto como espacio literario predilecto y al gaucho lo coloca como personaje “autóctono” que lo habita. La amplitud, la extensión desmesurada, la soledad, eran algunas de las características que la cultura letrada traducía del desierto como territorio nacional, como poética de lo propio (Montaldo, 1993). En esta apropiación, que siguió vigente incluso luego de la gauchesca, otros espacios vinculados con la geografía del paisaje como la selva, el monte o el río difícilmente se asociaban con lo rural o el campo en los primeros albores de la construcción de tradiciones literarias nacionales.

Frente a la llanura como espacio poético por excelencia de la literatura nacional, el monte, la selva o el río no entraban en la programática decimonónica que proponía una zona árida signada por el viento frío y desolador. El río en tanto elemento poético, en el momento de la formación de los Estados-Nación, se asocia más bien con el progreso en contraste con la llanura que se asocia a la barbarie.

Pese a ello, las narrativas centrales que conectan literatura y espacio apuntan a resaltar el espacio de la ciudad y de lo rural como aquellos *topos* preponderantes de la literatura argentina (Montaldo, 1993). De este modo, el paisaje del desierto se representa como inhóspito mientras que el del “desierto verde” se asocia al espacio fluvial y montaraz que no solo se percibe como hostil, sino que resulta impenetrable, desconocido.

Estas regiones “desconocidas” o al margen de las representaciones hegemónicas, se caracterizan no sólo por albergar animales como yacarés, serpientes, pumas, coatíes por ejemplo, sino que también el calor construye un imaginario insoportable, desbordante e inhabitable, del mismo modo que otros elementos como las casas derruidas de los pueblos, la precariedad y los peligros que la misma naturaleza coloca como obstáculos agresivos frente a lo humano. Las materialidades vivientes y muertas muchas veces conviven en espacios inhospitalarios o saturados.

El peligro vive en la ruralidad, en el espacio carente y excesivo. Pese a ello, a diferencia de la carga negativa que tenía el desierto habitado por lo bárbaro y salvaje, en la conformación identitaria nacional regida por el mandato sarmientino que operaba con la medida de la civilización y la barbarie; estos espacios geográficamente diversos se mantienen en el margen de lo conocido. Esta marginalidad según la hipótesis de esta lecturas se construye sobre la base de poéticas propias que en el momento de producción son aisladas de un grupo hegemónico y que dialogan entre sí constituyendo una “zona” de contacto que hermana espacios, regiones e imágenes. El paisaje que surge de esta “zona” se configura más allá de los ejes ciudad/campo, progreso/barbarie dado que se centra en la mezcla o el pliegue que surge de estos binarismos.

Una propuesta que dialoga con nuestra hipótesis y recorrido de lectura y trabaja con el trazado de itinerarios literarios del Chaco contemporáneo es la de literatura impenetrable (Caminada: 2021). La noción teórica de literatura impenetrable cuyo planteo propone al Chaco como zona literaria y juega con la palabra “impenetrable” que alude al punto geográfico del monte impenetrable para caracterizar distintas cuestiones: por un lado, relativas a la estética de la narrativa sobre el Chaco que suelen apuntar a la hostilidad y la violencia (sea tanto del paisaje como de sus protagonistas); por otra parte, también incluye las cuestiones de circulación de la literatura, ya que muchas veces algunos textos consiguen su reconocimiento de forma local, en eventos literarios (como ferias del libro, festivales o en sellos editoriales locales).

En este libro, en el capítulo “Mapa de la literatura chaqueña contemporánea: hacia lo impenetrable”, se traza un itinerario por la zona discursiva de obras que tienen como referente al Chaco, resaltando paisajes, imágenes y elementos que dan cuenta del vínculo entre espacio, región y ficción. Al tener en cuenta la perspectiva de Ricardo Kaliman del concepto sobre regiones que producen regiones, la noción de literatura impenetrable va delimitándose en torno a las formas de leer la región desde el vínculo entre literatura y espacio.

Ahora bien, ¿la cuestión centro-periferia, de este modo, excede las fronteras de lo referencial?. Lo impenetrable opera en su doble aspecto de paisaje y pasaje: es decir, la imagen (el paisaje de la selva, el monte y el río) y sus pasajes, como discurso, como una narrativa pensada como territorio, como transición y transformación ritual del espacio que aúna lo humano y lo natural.

Paisaje, región, espacio

¿Cómo vinculamos la “zona” con la región? ¿De qué manera la noción de zona nos permite trazar un recorrido por la literatura del Chaco? Al respecto, Graciela Silvestri considera que las dos nociones, región y zona “poseen una etimología confluyente: los augures dividían en áreas de observación (regiones) el espacio sopralunar, proyectando líneas ideales que conectaban los puntos de las estrellas (Silvestri, 2017: 15). Es decir que podemos conectar también región y zona con el Chaco, en tanto que “la primera refiere a la recta (“reglar”) y la segunda al límite circular. La articulación circular, celeste, de zona nos permite deslizarnos hacia otra palabra usual en la estructuración del espacio, que reúne la noción de límite (en tierra, cerrado y fijo), con lo inconmensurable: horizonte” (Silvestri, 2017: 15). La autora agrega la noción de horizonte para articular, de algún modo, la cuestión del espacio, la zona, la región y el paisaje. El horizonte opera en la zona literaria del Chaco como un espacio atravesado por el monte, la selva, el polvo y el desierto.

Asimismo, al pensar el espacio en relación con la región, Ricardo Kaliman argumenta que el vínculo entre la literatura y el espacio de alguna manera penetra la región misma. En este sentido, interpreta la región como una función sobre el espacio y no como una representación de éste (1994: 13). De este modo, se establece una identificación de la ficción con el espacio: vivir y percibirlo en modo experiencial en cierta medida va definiéndolo. En tanto instancia mediatrix entre el espacio experimentado y la imagen de mundo o universo, la región se concibe como parte de la identidad personal, de las imágenes que crean en el sujeto que vive una zona y que subjetiva el espacio (1994: 14).

El vínculo entre literatura, región e imagen nos lleva a reflexionar sobre el paisaje: las imágenes que el texto va construyendo y van entrelazándose con la configuración espacial y con los cuerpos que transitan esos horizontes. En el clásico ensayo de Georg Simmel “Filosofía del paisaje” se mantiene vigente la cuestión del paisaje en tanto generador de imágenes que están vinculadas con el tiempo y el espacio del sujeto que las percibe:

Innumerables veces caminamos a través de la naturaleza salvaje y percibimos, con los más diversos grados de la atención, árboles y aguas, praderas y campos de trigo, colinas y casas y los miles de cambios de la luz y las nubes; pero el hecho de que prestemos atención a esto en particular o de que también veamos conjuntamente esto y aquello, aún no somos conscientes de ver un “paisaje” (2001: 265).

Simmel alude a la “conciencia del paisaje” que se refiere justamente al vínculo que generan las imágenes percibidas en determinado tiempo y espacio en articulación con los sujetos, sus experiencias y reflexiones. Concebido de esta manera, el paisaje va más allá de lo pintoresco y estático; más bien muta y se transforma según se lo perciba. La naturaleza en muchos casos, suele acompañar la imagen estereotipada del paisaje (por oposición a lo artificial) y se reconstruye bajo la mirada del sujeto que tiende a considerar que existen “trozos de paisaje o de naturaleza” mientras que en realidad esta fragmentación o individuación es realizada por quien lo percibe (2001: 267).

En esta lógica de pensamiento, el paisaje “devuelve la mirada: se abre como un cuadro o una página ante la razón descriptiva de un “yo” que reconoce

el terreno a partir de convenciones estéticas” (Rodríguez, 2012: 32). Otro aspecto para destacar respecto a esta mirada abierta, siguiendo a Simmel, es que el paisaje difícilmente logra escindirse del aspecto espiritual. Lejos de todo misticismo, considera que existe un sentimiento de percepción y una construcción del paisaje, como cuando se escribe un poema o se realiza una pintura.

En este sentido, nos aproximamos a lo invisible, es decir, a aquellas percepciones que van más allá de lo visual y que materialmente se perciben como imágenes. Como señala Maurice Merleau-Ponty en *Le visible et l' invisible* (1964): cuando hablamos de percepciones sensibles, nos acercamos a la invisibilidad, a lo que escapa de la mera identificación de lo visual o táctil con un objeto. Entonces, lo visible del paisaje, sea urbano o rural, se vuelve ante la mirada un paisaje. Por eso, la hostilidad del paisaje del Chaco, entrará en esa gama de percepciones ligadas a lo olfativo, lo que se experimenta con el calor, lo que se ve en la acumulación de cuerpos u objetos, por ejemplo.

Leído de este modo, el paisaje, continúa Simmel, es un acontecer temporal y espacial que necesariamente aproxima a la naturaleza en forma de horizonte visual. Lo espiritual, recalamos, no vendría más que a ponernos la experiencia de frente, lo cual en la literatura, opera, a nivel de imágenes, de una forma introspectiva. Con esto quiero decir que la contemplación no será el acto que nos traduzca de modo inmediato el temblor perceptivo, sino, que más bien el resultado individual de quien lee y activa la reproducción de imágenes mentales que se genera con la lectura.

En esta suerte de viaje mental, cada individuo naufraga y navega sus antecedentes sensoriales ligados con la memoria. A la luz de esta mirada, el

sentimiento tiene que ver con la vida que palpita en la visión y no solo con la naturaleza. La pose de la naturaleza en sí, puede ser también un espacio vacío y por este motivo, el paisaje se entiende como una sucesión de manifestaciones que es compendiada por el campo visual. El sentimiento alude al “momento esencial que reúne los trozos parciales en el paisaje en tanto que una unidad experimentada con los sentidos” (Simmel, 2021: 277).

En relación con estos “trozos dispares”, Graciela Silvestri cuando habla de paisaje se refiere a “fragmentos”. Con esto, nos remite a “un ensamble de objetos naturales y artificiales que son reconstruidos estéticamente y reconocidos socialmente, a los que se le atribuyen determinados significados” (2002: 75). En este sentido, apela a la comprensión histórica de un espacio físico en tanto paisaje, vinculándose a su referente y a su representación, es decir, desde esta interpretación, se establece una relación entre lo creado y lo cultural (2017: 9).

En los textos que leemos, escritos por Horacio Quiroga, Carlos Busqued, Selva Almada y Mariano Quirós, notamos que permanentemente la imagen, el espacio y la región dialogan con la literatura. De ese diálogo, los paisajes hostiles se construyen en torno al referente geográfico del Chaco, caracterizando una zona literaria cuyos elementos constitutivos se asocian con el peligro y la violencia que se imponen junto a la naturaleza, el espacio rural circundante y los seres que lo habitan.

Horacio Quiroga, pionero montaraz

Al pensar en la literatura del Chaco, imaginamos un territorio que parece ajeno a la tradición hegemónica que se construye desde las literaturas de Argentina, ya que la zona literaria del Chaco está conformada por poéticas propias y elementos

que se vinculan con el espacio socio-cultural y natural. Esto lleva a plantear que autores como Horacio Quiroga, nacido en Salto (1878, Uruguay) quien reside casi toda la vida en la selva misionera argentina, a principios del S.XX publica sus *Cuentos de la selva* (1918) y *Cuentos de amor, de locura y de muerte* (1917) y por ese entonces, no pertenece a ningún grupo específico ni sigue una línea literaria o estilo que estuviera en diálogo con otras producciones contemporáneas de sus coetáneos. Desde una poética individual, contrahegemónica y fuera de la programática estética dominante en la tradición argentina, Quiroga coloca al monte, al río embustero, a las serpientes cascabeles y a la selva impenetrable en el centro de los relatos:

bajo el sol de fuego y el vaho asfixiante del pajonal, hinchados por tábanos y barigüís . La greda amarilla y reverberante del palmar les irritaba los ojos y quemaba los pies. De vez en cuando sentíanse detenidos por la vibración crepitante de una serpiente de cascabel, que sólo se hacía oír cuando estaban a punto de pisarla (Quiroga, 2016: 62).

El sol de fuego, el vaho, el malestar físico ante la naturaleza amenazante y el acecho de los animales, se encuentran concentrados en tan solo un pasaje del relato “Monte Negro”. Los cuentos de Horacio Quiroga, en relación con el espacio, se ubican en la selva, el humedal, la estepa, el monte y lugares rurales por excelencia. En estos lugares lo humano y lo no-humano están en tensión permanente ya que se manifiesta la subsistencia que plantea la problemática de la vida y la muerte “Cuentística en la que lo central no es el pintoresquismo paisajístico, sino la profundidad abismal que alcanzan las pasiones de la condición humana en medio de una total intemperie” (Romero, 2016: 6).

La atracción por el nordeste argentino, fue una pasión inculcada por su maestro Leopoldo Lugones, quien en su excursión a Misiones lo lleva al joven Horacio como fotógrafo de la expedición, siendo este primer impacto lo que signará su fascinación por la selva y por el territorio. Es importante resaltar aquí que el escritor vivió un breve período en Chaco antes de instalarse en Misiones, donde residió gran parte de su vida. En este tiempo, intentó hacer negocios con el algodón, invirtiendo su herencia paterna y casi todo su capital en las tierras chaqueñas. El resultado fue un fracaso absoluto, ya que perdió toda la cosecha y su inversión se consideró un gran despilfarro en las llamadas “las tierras del mal”. Algunos relatos como “Monte negro”, “Los inmigrantes”, “A la deriva” y “La insolación”, tiene como referente el espacio chaqueño¹. En “Los inmigrantes” escribe:

A esa hora el estero comenzaba a zumbar, y enviaba sobre ellos nubes de mosquitos, tan densas, que tenían que comer el plato de locro caminando de un lado para otro. Aun así no lograban paz; o devoraban mosquitos o eran devorados por ellos. Dos minutos de esta tensión acababa con los nervios más templados (2016: 61).

En este pasaje del relato de Quiroga notamos los elementos que serán claves en la construcción del paisaje hostil del Chaco: el calor extremo, la humedad, lo podrido, el acecho de insectos y animales, el malestar físico: “Entretanto el calor crecía. En el paisaje silencioso y enceguciente de sol, el aire vibraba a todos lados, dañando la vista. La tierra removida exhalaba vaho

1. Véanse los estudios críticos realizados en la edición: *Cuentos de la llanura y del monte chaqueños*. Chaco: Instituto de Cultura de la Provincia del Chaco.

de horno la insolación” (2016: 49). El cuerpo se entrega a la circunstancia del espacio en el cual naturaleza y vida, muerte y materia se mezclan con lo animal y lo humano. La carencia de aire, de agua, de alimentos, abunda en referencias: “Llegó al riacho y se internó en el pajonal, el diluviano pajonal del Saladito, que ha crecido, secado y retoñado desde que hay paja en el mundo, sin conocer fuego. Las matas arqueadas en bóveda a la altura del pecho, se entrelazan en bloques macizos” (2016: 53). Lo impenetrable, la dificultad de respirar, de caminar y de trabajar, acompañan la temporalidad suspendida en la cual se encuentran los personajes.

Es interesante notar cómo los factores que van trazando las imágenes del paisaje hostil del Chaco, parecen teñirse de exageración pero, en cambio, el exceso es parte de la sensación y percepción de la realidad circundante “El tiempo, descompuesto en asfixiante calma de tormenta, tornaba aún más pesado el vaho nitroso del estero” (2016: 83). El exceso, por tanto, acompañará a la cuestión orgánica del cuerpo sufriente ante la naturaleza y la violencia que lo rodean: “Al calor quemante que crecía sin cesar desde tres días atrás agregábase ahora el sofocamiento del tiempo descompuesto. El cielo estaba blanco y no se sentía un soplo de viento. El aire faltaba, con la angustia cardíaca que no permitía concluir la respiración” (2016: 54). En el relato “Monte negro” agrega “Era tal allí el calor, que no se sentía entrar el aire en los pulmones” (2016: 60).

La locura, la muerte y la enfermedad son tópicos explícitos en los títulos de las obras de Quiroga y como efecto de esto, impregnan toda su literatura. En el Chaco la enfermedad está estrechamente ligada a las cuestiones que caracterizan el espacio no hospitalario y poco vital, así como las condiciones climáticas que dificultan la vida en el territorio. Los personajes se encuentran “sobreviviendo”

en el espacio orgánico y evitando la muerte a cada momento. El olor pútrido, el barro y lo estático se plasman en imágenes que evocan desolación: “hundidos hasta las rodillas en el fondo podrido y fofo del riacho, que burbujeaba a la menor remoción, exhalando un olor nauseabundo” (2016: 61). El paisaje se va descomponiendo en cada relato a partir de las condiciones materiales que rodean a los personajes y del ambiente como en “Los cazadores de ratas”: “La siesta calcinaba el paisaje en silencio” (2016: 65).

En “Los inmigrantes”, dos forasteros se internan en el monte y no encuentran la salida. Quedan atrapados en la hostilidad del monte con el calor sofocante “Bordeaban otra vez el estero. El pajonal se extendía sin fin en la noche plateada, inmóvil y toda zumbante de mosquitos” (2016: 85). A medida que la pareja intenta avanzar en el espesor del monte, se van intensificando todas las sensaciones molestas y agresivas del entorno; la mujer muere y el hombre la carga pensando encontrar un cobijo para sepultarla “bajo el cielo blanco de calor, devorado de noche por los insectos, el hombre caminó y caminó, sonambulizado de hambre, envenenado de miasmas cadavéricas, toda su misión concentrada en una sola y obstinada idea: arrancar al país hostil y salvaje el cuerpo adorado de su mujer” (2016: 85). La violencia acecha el “país hostil” y las imágenes que delinean el paisaje se cargan de tonos mortecinos :

La luna ocre en menguante había surgido por fin tras el estero. Las pajas altas y rígidas brillaban hasta el confín en fúnebre mar amarillento. La fiebre pernicioso subía ahora a escape. El hombre echó una ojeada a la horrible masa blanduzca que yacía a su lado, y cruzando sus manos sobre las rodillas quedóse mirando fijamente adelante, al estero venenoso” (2016: 86).

En los albores del siglo XX, Quiroga arroja luz sobre este paisaje hostil del Chaco y desde esta hipótesis, lo consideramos un pionero de la narrativa montaraz con estas características. El terror, la locura, la muerte, se instalan en el espacio rural de sus relatos tensionando los vínculos entre humanos y animales, exponiendo la corporalidad a los extremos del clima y dejando ver la exuberancia de la naturaleza que avasalla a quien se anime a penetrarla. Los elementos amenazantes suelen presentarse en la zona rural misma: el río caudaloso, la serpiente cascabel, el sol agobiador. Desde esta premisa que planteamos, las marcas de Quiroga tendrán cierta continuidad en los paisajes hostiles de la literatura del siglo XXI que trabaja con el Chaco como epicentro de sus obras.

La zona literaria contemporánea del Chaco

Selva Almada en la novela *El viento que arrasa* publicada en el año 2012, amplía la cuestión de lo desolador del paisaje y de lo impenetrable en la región cuando un pastor evangélico y su hija quedan varados en una carretera de la zona rural del Chaco. Aquí, lo único que se encuentra es el taller mecánico de El gringo Brauer y su hijo. El paraje se describe como un lugar poco hospitalario ya que el calor, el polvo y el viento arrasador son los elementos que caracterizan este tipo de llanura: “Trae el viento el clamor de las cañadas, el campo, el desierto. Trae el viento el grito de las mujeres y los hombres hartos de los patrones” (2013: 32). Aquí notamos que el espacio tiene también una carga política contundente al resaltar la naturaleza y la condición humana en un mismo plano de valores. La asociación de la llanura chaqueña con el desierto, remite al despojamiento y a la “ausencia de paisaje” (Rodríguez, 2012). Al realizar esta asociación, notamos

cómo opera el desierto: espacio vacío que crea el mito fundacional de la poética propia en la literatura nacional. Así, el desierto supera la frontera ya que el vacío lo impregna poderosamente como lugar al igual que las ficciones territoriales que se construyen en torno. Como lo notamos en la cita “Trae el viento el grito de las mujeres y los hombres hartos de los patrones” también este lugar del vacío y la nada remite a una ausencia de carácter político.

El vínculo del desierto decimonónico con la continuidad de lo hostil, aislado y vacío que aparece claramente en la obra de Almada, “El paisaje era desolador. Cada tanto un árbol negro y torcido, de follaje irregular, sobre el que parecía embalsamado de tan quieto” (2013: 716). Esta construcción negativa del paisaje se diferencia por “un catálogo de privaciones donde la geografía se va volviendo una sola cosa con lo imaginario: sin árboles, sin cultivos, sin montañas, sin límites naturales, sin habitantes permanentes, sin viviendas, sin espíritu de progreso, sin vías de comunicación, sin instituciones, sin sentido de la autoridad, sin tradiciones, sin historia” (Rodríguez, 2012: 19).

El olor nauseabundo es otro de los rasgos perceptivos que se repite como elemento del espacio del Chaco y su naturaleza “El olor de la humedad del suelo debajo de los excrementos de los animales, del microcosmos que palpita debajo de las bostas: semillitas, insectos diminutos y los escorpiones azules, dueños y señores de ese pedacito de suelo umbrío” (2013: 1108). Lo animal-humano se encuentran entrelazados por la naturaleza arrolladora, y la mezcla de organismos y materialidades se destaca “El olor de las plumas que quedan los nidos y se van pudriendo por las lluvias y el abandono, junto con la ramitas y hojas y pelos de animales usados para su construcción” (2013: 1109). Partes orgánicas de

animales y humanos se utilizan para la vivienda lo cual hace que esa construcción “artificial” , contenga, pese a su base, materialidades vivas y muertas.

En esta misma línea de lectura, *Bajo este sol tremendo* (2009) del escritor Carlos Busqued (1970-2021) quién nació en Chaco, creció en Córdoba y vivió en Buenos Aires, desde el título trasluce la cuestión acechante del sol y el calor: algo insoportable, tremendo, inaguantable. Los espacios se alternan entre Córdoba y Chaco y pese a todo, la zona chaqueña aparece caracterizada como precaria en donde el barro, la mezcla, la basura y las napas al ras vuelven a escena “todo el terreno es barro, se hunden. Los pozos negros revientan, mucho de este barrio de la calle es mierda y meo” (2009: 6). A esto lo acompaña también el olor intenso: “Lo golpeó una bofetada de olor a mierda” (2009: 3); Lapachito, referente de la geografía chaqueña, se destaca porque “las calles del pueblo estaban descubiertas y cubiertas de una fina capa de barro” (2009: 3). La suciedad, la mugre y la superposición de materialidades aparecen en distintos espacios en toda la obra, especialmente en la casa del hermano de Cetarti en Chaco “había una montaña de escombros, maderas tablonés, varillas oxidadas de acero para la construcción” (2009: 38). Cuando Cetarti describe el lugar, delinea el paisaje hostil:

Dio un par de vueltas, como para conocer. No vio nada lindo, casi todas las casas y edificios tenían la pintura descascarada y en muchas paredes se veían manchones de salitre y grietas bastante gruesas, producto del hundimiento desperejo de las construcciones. el resultado visual era desolador (2009: 3).

El “resultado visual desolador” tiene su efecto directo en el paisaje hostil: imagen, literatura y espacio trazan una región a la intemperie y desamparada El cuerpo como ruina, como vestigio, como resto histórico que no genera ningún tipo

de conciencia en los personajes: ese es el tono de sofocamiento que recorre el texto, poblado de cadáveres pero sin lenguaje para la muerte (Giorgi, 2014, 159). Hay una escena de un auto carcomido por el óxido y el deterioro y “el paisaje del pueblo se deslizaba alrededor del auto, casi brillando con la iluminación malignamente potente del sol” (Busqued, 2009: 7). El efecto de abandonado y derruido, moldea estos espacios referenciales del Chaco alrededor de un ambiente pútrido y precario arrasado por el clima extremo que roe y carcome personas, casas, animales y objetos “con el calor hay cuerpos que están oliendo fuerte” (2009: 8). De este modo, la materia viviente y orgánica convive con la muerte y la ruina.

Gabriel Giorgi analiza el espacio de *Bajo este sol tremendo* como una forma de matadero, como lugar desde donde se piensa la cultura. El animal condensa las políticas de la muerte, funcionando en la narrativa como “sedimento que se incrusta en el cuerpo de los animales” (2014: 160). Este matadero da cuenta de una materialidad particular que adquiere lo viviente asociado con lo humano y lo muerto con los animales, dando cuenta de una sensibilidad y políticas estéticas novedosas en la literatura argentina que “trazan un nuevo «común» que se constituye en el contagio imparable con el animal porque ha dejado de invocar los nombres reconocibles de lo humano para inscribir eso que no tiene nombre: sus cuerpos, su vida, su existencia como viviente” (2014: 162).

El escritor chaqueño Mariano Quirós (1979), en una entrevista sostiene “No quiero moverme de Chaco como paisaje literario (...) Mi mirada es urbana, pero cualquier atisbo de encuentro con algo que tenga que ver con lo rural me provoca un sacudón y me despierta el deseo de narrar historias”

(Freira, 2017). ¿Es el paisaje el motor de la literatura de Quirós? ¿Qué despierta el espacio rural en la escritura del autor?

En *Una casa junto al tragadero*, tanto el monte como el río aparecen como protagonistas de la novela y la naturaleza se reviste de tintes acechantes y violentos por lo que estos generan: el río traga la gente, encierra el peligro y la muerte y el monte refleja un efecto similar. Quienes lo habitan viven en acecho constante: “A Lola (...) una vez más, el monte le había sacado a relucir alguna maldad escondida” (Quirós, 2017: 178).

El río tragadero acecha constantemente a quienes habitan alrededor: con su fondo de lodo, succiona, chupa y traga de forma aleatoria a quien se exponga a las furias de su cauce “es mucho más peligroso de lo que parece. Tiene mucho barro en el fondo, un barro que te chupa, que te empuja para abajo. Por eso se llama Tragadero: porque traga las cosas y las personas” (2017: 74). Por otra parte, el monte también se presenta como inconquistable, cuya espesura y desorden desbordan el solitario espacio: “El monte lo confunde todo, hasta la edad de las personas”(2017: 154). La mezcla y la superposición de materialidades reaparece en la narrativa de Quirós nuevamente para caracterizar el paisaje chaqueño: “...apenas una mezcla de la espesura del monte y gritos de pájaros, todo confundido, todo una sola cosa”(2017: 151).

El paisaje se teje del verde del monte y del marrón del barro, enlazándose con los monos, bichos y yacarés en sintonía con sus pocos habitantes, como un todo vibrante. Asimismo, el monte modifica el organismo, las personas y el habla, de hecho el personaje el Mudo en realidad no habla por decisión propia. Al respecto Quirós dice de su propia obra:

El clima hostil lo va afectando en su propia percepción del tiempo, pero creo que también le afecta el habla y la manera de narrar. A medida que pasa el tiempo, que pasan los días en ese monte, el habla se va volviendo de a ratos más tosca, pero a la vez va ganando cierta poesía, quiero creer yo, una especie de profundidad en la mirada sobre las cosas que pasan en el monte, que pretendo que sea un monte retorcido (Freira, 2017).

El “monte retorcido” también es parte del paisaje literario chaqueño, que con gran impronta quiroguiana, tiñe el espacio textual de morbosidad y violencia. Respecto a la cuestión física de la percepción del espacio, el Mudo, protagonista de la novela, con el pasar del tiempo se acostumbra al calor, a la transpiración, a convivir con espíritus y los bichos “Yo le tenía miedo al monte, y no es que se me hubiera pasado ese miedo, pero a medida que fui asentándome también me fui acostumbrando a la sensación” (2017: 10). El cuerpo no solo se acostumbra sino que también se transforma junto con el espacio y la naturaleza.

Algo del monte a lo que cuesta acostumbrarse es a estar todo el tiempo sucio. También cuesta acostumbrarse a los picores y lastimaduras permanentes. A mí, por lo menos, me llevó su buen tiempo. Pasa que uno se hace de un olor nuevo, salen manchas en la piel, ronchas... De a poco, uno se va haciendo una persona distinta” (2017: 144).

La indefinición de lo que hay en el ambiente tensa el vínculo de lo humano y lo no-humano, homogeneizando las materias más diversas y logrando un espesor en lo rural que genera caos y confusión en las imágenes del monte: “ esta zona está llena de humedales y lagunas, y tarde o temprano se terminan metiendo los pies en el agua o en algún charco, sin mucha idea de lo que hay en el

fondo. Sin mucha idea de lo que se pisa” (2017: 75). La indefinición de la materia y la acumulación de imágenes, dejan sus huellas en el paisaje literario de Quirós.

La hostilidad que surge de estos paisajes y del espacio rural, se vincula con la región del Chaco que aparece en los textos que estudiamos. ¿De qué manera identificamos lo hostil en el paisaje, la región rural y la zona literaria del Chaco? A partir de imágenes, olores, materialidades sucias (barro, mugre, basura), la tensión humano-animal que signa espacios de lo viviente y lo muerto, el calor extremo, la humedad y la enfermedad son algunos factores que caracterizan esta zona imaginaria cuyo referente geográfico y cultural es el Chaco.

En el marco de la literatura argentina pensar en una tradición literaria nacional específica vinculada con autores y producciones que legitimen una zona literaria del Chaco, aplica a un corpus o una serie de discursos menores. Con este trazado de la zona literario del Chaco, notamos que hay un imaginario literario latente que va trazando sus paisajes, la región y el espacio rural desde las imágenes del monte, de la llanura nordestina y de los ríos caudalosos.

Bibliografía

- Almada, Selva (2013). *El viento que arrasa*. Buenos Aires: Mar dulce. Ebook
- Busqued, Carlos (2009). *Bajo este sol tremendo*. Buenos Aires: Anagrama. Ebook
- Caminada Rossetti, Lucía. “Mapa de la literatura chaqueña contemporánea: hacia lo impenetrable”. *Literatura impenetrable. Un itinerario literario contemporáneo sobre el Chaco*. Lucía Caminada dir. Resistencia: Editorial Universitaria del Nordeste, pp. 25-43.
- Cañón, Mila (2003). “Zonas y hegemonías. Saer y Ortiz en el litoral”. *CELEHIS: Revista del Centro de Letras Hispanoamericanas*, 0/15, pp. 109-127. <<https://fh.mdp.edu.ar/revistas/index.php/celehis/article/view/600>>[consulta x de xxx de 2023].
- Friera, Silvina (2017). “El Chaco como paisaje literario”. [en línea]. Página 12. <<https://www.pagina12.com.ar/66075-el-chaco-como-paisaje-literario>>[consulta xxx de xxx de 2023].
- Giorgi, Gabriel (2014). *Formas comunes. Animal, cultura, biopolítica*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.
- Kaliman, Ricardo (1994). *La palabra que produce regiones. El concepto de región desde la teoría literaria*. Tucumán: Universidad Nacional de Tucumán.
- Merleau-Ponty, Maurice (1964). *Le visible et l' invisible*. París: Gallimard.
- Montaldo, Graciela (1993). *De pronto, el campo. Literatura argentina y tradición rural*. Rosario: Beatriz Viterbo.
- Quiroga, Horacio (2016). *Cuentos de la llanura y del monte chaqueños*. Chaco: Instituto de Cultura de la Provincia del Chaco.
- Quirós, Mariano (2011). *Río Negro*. Buenos Aires: Gárgola.
- (2017). *Una casa junto al tragadero*. Buenos Aires: Tusquets. Ebook.
- Rodríguez, Fermín (2012). *Un desierto para la nación: La escritura del vacío*. Buenos Aires: Eterna cadencia editora. Ebook.
- Romero, Francisco, “El Chaco a través de la ficción de Horacio Quiroga”. *Cuentos de la llanura y del monte chaqueños*. Chaco: Instituto de Cultura de la Provincia del Chaco, pp. 7-12.
- Sarlo, Beatriz (1996). “La duda y el pentimento”. Punto de vista 56, pp. 31-35.
- Silvestri, Graciela (2017). “Los órdenes del agua”. *El horizonte fluvial*. Alexis Chausovsky y Sergio Delgado eds., Paraná: Eduner, pp. 3-34.
- (2002). “La pampa y el río. Una hipótesis de registros y periodizaciones del paisaje rioplatense”. *MATERIA 2*, Naturaleses, 2002, pp.75-96.
- Simmel, Georg, (2001). *El individuo y la libertad*. Barcelona: Península.